

mitía hacer esto con ningún individuo hasta veinte años después de su muerte. Pedíase que toda la sociedad fuese en corporación á su entierro; que comprase aquella las prensas del *Amigo del pueblo*, para que no cayeran en manos indignas, y que continuaran su diario personal capaces, ya que no de igualarle, de recordar su energía y reemplazar su vigilancia. Robespierre, que procuraba siempre hacer más imponentes á los jacobinos, oponiéndose á todas sus vivezas, y que por otra parte quería que se fijase en él la atención que llamaba el mártir, tomó la palabra entonces y dijo: «Si hablo hoy, es porque tengo derecho de hacerlo; se trata de puñales, á mí me esperan, porque los he merecido, y es una casualidad que hayan alcanzado á Marat antes que á mí. Tengo, pues, derecho de intervenir en la discusión, y lo hago para extrañar que vuestra energía se agote aquí en inútiles declamaciones, y que sólo penséis en vanas pompas. El mejor medio de vengar á Marat es perseguir desapiadadamente á sus enemigos. La venganza que trata de satisfacerse con vanas honras fúnebres se apacigua muy pronto y ya no piensa en ejercerse de un modo más verdadero y útil. Renunciad, pues, á inútiles debates, y vengad á Marat de una manera más digna de él.» Suspendióse toda discusión al oír estas palabras, y sólo se pensó en las proposiciones que se habían hecho; pero los jacobinos, la Convención, los franciscanos, todas las sociedades populares y las secciones se dispusieron á tributarle magníficas honras. El cadáver estuvo expuesto durante varios días, y como estaba descubierto, podía verse la herida que había recibido. Las sociedades populares y las secciones pasaban procesionalmente, echando flores sobre el ataúd, y cada presidente pronunciaba un discurso. La sección de la República fué la primera en presentarse: «¡Ha muerto, exclama el presidente, ha muerto el amigo del pueblo!.. ¡Ha muerto asesinado!.. ¡No hagamos su elogio sobre estos despojos inanimados; su elogio es su conducta, sus escritos, su herida sangrienta y su muerte!.. ¡Ciudadanos, echad flores sobre el pálido cadáver de Marat! Marat fué nuestro amigo y el del pueblo; para éste ha vivido, y por él ha muerto.» Pronunciadas estas palabras, varias jóvenes dan la vuelta alrededor del ataúd, echando flores sobre el cuerpo de Marat. «Pero basta de lamentaciones, continúa el orador; escuchad al gran espíritu de Marat que se despierta y os dice: Republicanos, cese vuestro llanto... Los republicanos no deben verter sino una lágrima y pensar después en la patria. No es á mí á quien se ha querido asesinar, sino á la república; no soy yo el que debe ser vengado, sino la república, el pueblo, vosotros.»

Todas las sociedades, todas las secciones pasaron así una después de otra junto al féretro de Marat; y si la historia recuerda semejantes escenas, es para enseñar á los hombres á reflexionar sobre el efecto de las preocupaciones del momento, y para invitarles á examinarse bien á sí mismos cuando lloren á los poderosos ó mal-digan á los vencidos del día.

Entretanto, se instrúa el proceso de la joven Corday con la rapidez de las formas revolucionarias. Habíase complicado en su causa á dos diputados: uno era Duperré, con quien se había puesto en comunicación, y que la condujo á casa del ministro de la Gobernación; y el otro Fauchet, antiguo obispo que había llegado á

ser sospechoso á causa de sus inteligencias con la derecha, y á quien una mujer, loca ó mal intencionada, pretendía haber visto en las tribunas con la culpable.

Conducida Carlota Corday ante el tribunal, conserva la misma calma. Se lee su acusación, y se pasa después á oír á los testigos: la joven Corday interrumpe al primero, y sin darle tiempo para comenzar su deposición, exclama: «Yo soy quien ha matado á Marat.—¿Quién os ha inducido á cometer ese asesinato?, la pregunta el presidente.—Sus crímenes.—¿Qué entendéis por sus crímenes?—Las desgracias de que es causa desde la revolución.—¿Quiénes son los que os han aconsejado semejante acto?—Yo sola, contesta orgullosamente la joven; lo había resuelto ya hace largo tiempo, y jamás hubiera tomado consejo de otros para cometer tal acto. He querido devolver la paz á mi país.—Pero ¿creéis haber dado muerte á todos los Marats?—No, contesta la acusada con triste acento, no.»—Carlota deja después concluir á los testigos, y á cada deposición repite: «Es verdad, el deponente tiene razón.» Sólo trata de defenderse de una cosa, y es de su pretendida complicidad con los girondinos; no desmiente sino á un testigo, y es á la mujer que complica á Duperré y á Fauchet en su causa; después vuelve á sentarse y escucha el resto de la instrucción con la mayor serenidad. «Ya lo veis, dice por toda defensa su abogado Chauveau-Lagarde, la acusada lo confiesa todo con inalterable seguridad; esa calma y abnegación, sublimes por un concepto, no pueden explicarse sino por el fanatismo político más exaltado. Á vosotros toca juzgar qué peso debe tener esta consideración moral en la balanza de la justicia.»

Carlota Corday es condenada á la pena de muerte; pero en su hermoso semblante no se refleja ninguna emoción. Muy lejos de ello, vuelve á la prisión con la sonrisa en los labios; escribe á su padre para pedirle perdón por haber dispuesto de su vida; y también á Barbaroux, á quien refiere su viaje y su acto en una carta admirable, llena de gracia, de talento y de elevación; dícele que sus amigos no deben llorarla, porque una imaginación viva y un corazón sensible prometen una vida borrascosa á los que están dotados de semejantes prendas; añade que está bien vengada de Petión, que en Caén sospechó un momento de sus sentimientos políticos, y ruegale, en fin, diga á Wimpffen que le había ayudado á ganar más de una batalla. Carlota termina con estas palabras: «¡Qué triste pueblo para formar una república! Se necesita por lo menos restablecer la paz; ya vendrá el gobierno cuando pueda.»

El 15 escuchó Carlota Corday su sentencia con la calma que jamás la abandonó, conservando la actitud más modesta y digna ante los insultos del vil populacho. Sin embargo, no la ultrajaron todos; muchos se compadecían de aquella joven, tan hermosa y desinteresada en su acto, y acompañáronla al patíbulo con una mirada de lástima y admiración.

Marat fué trasladado con gran pompa al jardín de los franciscanos. «En esta pompa, decía el informe del Ayuntamiento, todo era sencillo y patriótico: el pueblo, reunido bajo las banderas de las secciones, llegaba pacíficamente; un desorden imponente en cierto modo, un respetuoso silencio, y una consternación general, ofrecían el espectáculo más conmovedor. La marcha ha durado desde las seis de la tarde hasta media noche;

en la comitiva figuraban ciudadanos de todas las secciones, individuos de la Convención, de la municipalidad y del departamento, electores y sociedades populares. Llegado al jardín de los franciscanos, el cuerpo de Marat se depositó bajo los árboles, cuyas hojas agitándose ligeramente reflejaban y multiplicaban una luz suave. El pueblo rodeaba silenciosamente el ataúd. El presidente de la Convención pronunció primero un elocuente discurso en el que anunció que pronto llegaría el tiempo de vengar á Marat, pero que era preciso no atraerse censuras de los enemigos de la patria por la adopción de medidas aceleradas é imprudentes. Añadió que la libertad no podía perecer, y que la muerte de Marat no haría más que consolidarla. Después de pronunciarse varios discursos, que fueron sumamente aplaudidos, el cadáver de Marat fué depositado en la fosa, vertiéronse lágrimas, y cada cual se retiró con el alma traspasada de dolor.»

El corazón de Marat, que se disputaban varias sociedades, quedó al fin en poder de los franciscanos; su busto, reproducido en todas partes con el de Lepelletier y de Bruto, figuró en todas las asambleas y parajes públicos. Registrados todos sus papeles, hallóse sólo en su casa un asignado de cinco francos, y su pobreza fué un nuevo motivo de admiración. Su ama de gobierno, que, según las palabras de Chaumette, tomó el difunto por esposa *un día de buen tiempo á la faz del sol*, fué llamada su viuda, y el Estado la señaló una pensión.

Tal fué el fin de este hombre, el más singular de aquella época, tan fecunda en tipos. Lanzado en la carrera de las ciencias, quiso trastornar todos los sistemas; y aventurándose después en los disturbios políticos, concibió desde luego una idea espantosa, un pensamiento que las revoluciones realizan diariamente, á medida que sus peligros aumentan, pero que no confiesan jamás, cual es el aniquilamiento de todos sus adversarios. Marat, viendo que la revolución no dejaba de seguir sus consejos, por más que los condenase, y que los hombres que él denunciaba perdían su popularidad y eran sacrificados el día predicho por él, se consideró como el más grande político de los tiempos modernos, poseyóse de un orgullo y una audacia extraordinarios, y fué siempre horrible para sus enemigos, y por lo menos extraño para sus amigos. Su existencia terminó por un accidente tan singular como su vida; sucumbió en el momento mismo en que los jefes de la república, concertándose para formar un gobierno cruel y sombrío, no podían avenirse ya con un colega maniático, sistemático y audaz, que hubiera entorpecido todos sus planes con sus salidas. Incapaz, en efecto, de ser un jefe activo y poderoso, fué el apóstol de la revolución; y cuando ya no era necesario el apostolado, sino la prudencia y la energía, el puñal de una joven indignada llegó oportunamente á producir un mártir, dando un santo al pueblo, que cansado de sus antiguas imágenes, necesitaba crearse otras nuevas.

CAPÍTULO XI

Distribución de los partidos después del 31 de mayo, así en la Convención como en la junta de salvación pública y en el Ayuntamiento. — Discusiones en la Montaña. — Descrédito de Dantón. — Política de Robespierre. — Acontecimientos de la Vendée. — Derrotas de Wéstermann en Chatillón y del general Labarolier en Vihiers. — Sitio y toma de Maguncia por los prusianos y austriacos. — Toma de Valenciennes. — Riesgos de la república en agosto de 1793. — Estado de la hacienda. — Descrédito de los asignados. — Establecimiento del *maximum*. — Miseria pública. — Agiotaje.

De los famosos triunviros no quedaban ya sino Robespierre y Dantón, y para formar una idea de su influencia es preciso ver cómo se habían distribuido los poderes y qué marcha siguieron los ánimos desde la supresión de la derecha.

Aunque desde el primer día de su institución se posesionó la Convención en realidad de todos los poderes, no quiso, sin embargo, conservarlos ostensiblemente en sus manos, á fin de evitar las apariencias del despotismo; y en su consecuencia, dejó existir fuera de su seno una sombra de poder ejecutivo, conservando los ministros. Descontenta de su administración, cuya energía no era proporcionada á las circunstancias, creó inmediatamente después de la defección de Dumouriez un comité de salvación pública, que comenzando á desempeñar sus funciones el 10 de abril, tuvo sobre el gobierno una inspección superior. Podía suspender la ejecución de las medidas adoptadas por los ministros, suplirlas cuando las juzgase insuficientes, ó revocarlas si las creía malas; redactaba las instrucciones de los representantes enviados con alguna misión, y sólo él podía corresponderse con ellos.

Así, pues, superior á los ministros y á los representantes, que á su vez eran inferiores á los funcionarios de toda especie, tenía en sus manos las riendas de todo el gobierno. Aunque por su título no era esta autoridad más que una mera inspección, realmente venía á ser la acción misma, porque un jefe de Estado jamás ejecuta nada por sí y se limita á mandar hacerlo todo á su vista, elegir sus agentes y dirigir las operaciones. Por su derecho de inspección esta junta podía hacer todo esto, y lo hizo; arregló las operaciones militares, ordenó los abastos y las precauciones de seguridad, nombró los generales y agentes de toda especie, y los ministros, temblando, se creían felices al verse libres de toda responsabilidad, reduciendo su papel al de unos meros empleados. Los individuos que componían la junta de salvación pública eran Barrere, Delmás, Breard, Cambón, Roberto Lindet, Dantón, Guytón de Morveau, Mathieu y Ramel, conocidos todos por hombres aptos y laboriosos, que si bien eran tildados por sus tendencias moderadas, no se sospechaba de ellos hasta el punto de creerlos, como á los girondinos, cómplices del extranjero. En poco tiempo tuvieron bajo su dirección todos los asuntos del Estado, y aunque sólo se les nombró por un mes, no se quiso interrumpirles en sus trabajos, prorrogándose el plazo desde el 10 de abril al

10 de mayo, y luego desde el 10 de junio y 10 de julio sucesivamente. A las órdenes de este comité estaba el de seguridad general, encargado de la alta policía, cosa tan importante en tiempos de desconfianza; pero en sus funciones mismas dependía del comité de salvación pública, que encargado en general de todo cuanto interesaba á la salvación del Estado, era competente para hacer averiguaciones sobre los complots contra la república.

Resulta, pues, que la Convención tenía por sus decretos la voluntad suprema, y por sus representantes y su comité, la ejecución; de modo que, sin querer asumir los poderes en sus manos, las circunstancias la habían conducido invenciblemente á ello; y sobre todo la necesidad de hacer ejecutar á su vista y por sus propios individuos lo que creía mal hecho por agentes extraños.

Sin embargo, aunque toda la autoridad se ejerciese en su seno, no participaba en las operaciones del gobierno sino por su aprobación, y no las discutía. Las grandes cuestiones de organización social eran resueltas por la Constitución, que establecía la democracia pura. La cuestión de saber si para salvarse se emplearían los medios más revolucionarios, abandonándose á todo cuanto la pasión pudiese inspirar, quedaba resuelta por el 31 de mayo. Así, pues, la Constitución del Estado y la moral política quedaban ya establecidas; restaba, pues, sólo examinar las medidas administrativas, financieras y militares. Ahora bien, rara vez pueden ser comprendidos los asuntos de esta naturaleza por una Asamblea numerosa, y se dejan al arbitrio de los hombres que se ocupan de ellos particularmente. La Convención se remitía en esta parte voluntariamente á las comisiones á quienes había encargado los negocios; no debía sospechar de su probidad, ni de sus luces, ni de su celo; quedaba, pues, reducida á callarse; y la última revolución, al privarla del valor para la discusión, la privó también de la oportunidad de hacerlo. No era, pues, sino un consejo de Estado, donde los comités y los directores de los trabajos se presentaban á rendir cuentas, siempre aplaudidas, y á proponer decretos, siempre aprobados. Las sesiones, silenciosas, lúgubres y bastante cortas, no se prolongaban ya, como antes, durante los días y las noches.

Inferior á la Convención, que se ocupaba de las materias generales de gobierno, el Ayuntamiento se cuidaba del régimen municipal, haciendo en él una verdadera revolución. No pensando ya, desde el 31 de